

La tierra de libertad a la que los personajes maltrechos de HERTHA MÜLLER sueñan fugarse –aun cuando saben que pagarán ese sueño con la vida– es Alemania Occidental. Descrita con verismo poético en los relatos de *Niederungen* (En tierras bajas, 1982\*) o en la novela *Der Fuchs war damals schon der Jäger* (La piel del zorro, 1992\*), la Rumania de Ceausescu es un país donde se mantiene una situación de retraso y violencia, de intolerancia y odio, que recuerda la Alemania y Austria nazis y de la posguerra. En la cerrada comunidad de ascendencia suaba domina un despiadado clima de frialdad y vigilancia, reforzado por la disciplina, el orden y la pulcritud que se dan por virtudes características de los alemanes.

Bajo la celosa y eficaz vigilancia de la Securitate, se produce en los años setenta y ochenta la incapacitación y la brutalización de un país entero, en el que reina el provincianismo: «Todos aquí siguen siendo pueblerinos. Con la cabeza hemos salido de casa pero con los pies estamos plantados en otro pueblo. En una dictadura no puede haber ciudades, porque todo queda pequeño cuando es vigilado». Este diagnóstico de *Herztier* (La bestia del corazón, 1994\*) apunta a las consecuencias psicosociales de un régimen de terror, fomentadas en el caso de Rumania por las presiones morales de un catolicismo trasnochado. El poder absoluto de la Securitate obliga al control de todos por todos. Ésta es la lección que aprende la joven traductora que narra la historia: su infancia transcurre en un inclemente y opresivo mundo rural del que no se libera tampoco en la universidad, donde aprende a temer las denuncias de las compañeras de habitación. Más adelante, cuando empieza a trabajar, su anciana y beata casera la espía también, y su amistad con Tereza, hija privilegiada de un funcionario del partido, termina en traición.

Herta Müller no escribe acerca del adoctrinamiento o la persecución política sino sobre la sistemática destrucción de las relaciones humanas del Estado totalitario. Contra la desconfianza existe para su protagonista un único refugio: la amistad con los compañeros de facultad Edgar, Georg y Kurt que clandestinamente leen literatura occidental (significativa-

mente *Levantar la mano sobre uno mismo*, de Jean Améry), escriben poemas y documentan con listas de muertos y con fotografías los estragos del terror. La maquinaria trituradora del Estado no tarda sin embargo en intervenir: los cuatro compañeros son interrogados por la policía y despedidos del trabajo con un pretexto cualquiera, y su situación se vuelve tan precaria que, a pesar de los juramentos de no abandonar su patria al dictador, la combinación de intimidación, amenazas de muerte y tortura acaba por desmoralizar a los disidentes: Kurt se ahorca; la traductora, Georg y Edgar se fugan a Alemania, donde al poco tiempo Georg se arroja por una ventana: «Cada uno de nosotros imaginaba cómo abandonar a los amigos a través del suicidio. Y les reprochaba, sin jamás hablar de ello, el hecho de tener que pensar en ellos y de no haber llegado a tal extremo por su causa. De ese modo, cada uno de nosotros se tornaba vanidoso y tenía siempre a mano el silencio que culpaba a los demás por el hecho de que tanto él como ellos siguieron vivos».

Nacida en 1953, Herta Müller ha elaborado, sobre un fondo autobiográfico –ella misma estudió traducción, fue perseguida por la Securitate y en 1987 consiguió emigrar a Alemania–, una angustiante narración sobre la resistencia y la voluntad de supervivencia en un régimen totalitario. El equilibristo onírico de *La bestia del corazón* entre realidad y ficción, entre pasado, presente y futuro narrativo, en el que se mezclan los recuerdos de infancia en el pueblo, las historias de persecución en torno a la traductora adulta y el desolador «final feliz» en Alemania, se mantiene con una mirada poéticamente distorsionada que se atiene a la experiencia subjetiva. Especialmente impactante resulta el lacónico fatalismo en el que se envuelven los hechos más espeluznantes: los interrogatorios en los que obligan a la protagonista a desnudarse; el asesinato de la estudiante que se prostituye por unos despojos de res; los trapicheos de la amiga costurera en Hungría que consigue cruzar la frontera al precio de dejar atrás a sus tres hijos pequeños.

*La bestia del corazón* es un libro sobre el miedo y su antídoto, la amistad. Pero en vez de una almidonada utopía

fraternal, se describe cómo en una dictadura las relaciones de familia, de amor y amistad –todo lo que no se deja someter al control del Estado– acaban en muerte: «Aún hoy no puedo imaginarme una tumba. Sólo un cinturón, una ventana, una nuez y una soga. Cada muerte es para mí como un saco. Si te oyen decir eso, dijo Edgar, te tomarán por loca. Y cuando pienso en ello, tengo la sensación de que cada muerto deja tras de sí un saco repleto de palabras. Siempre me acuden a la mente el barbero y la tijera de manicura, porque los muertos ya no los necesitan. Y también se me ocurre que los muertos ya nunca más perderán un botón. Tal vez intuyen cosas distintas a nosotros, dijo Edgar, quizás intuyen que el dictador es un error. Poseían la prueba, pues nosotros también éramos un error para nosotros mismos. Porque en este país nos veíamos obligados a andar, comer, dormir y amar con miedo hasta que volvíamos a necesitar al peluquero y la tijera de manicura».

Evidentemente, la necesidad de escapar de semejante mundo cerrado, manifiesta en las obras de los escritores criados detrás del «telón de acero», no tiene nada que ver con el yugo del origen provinciano y los movimientos de fuga, recurrentes en la narrativa de los hijos del «milagro alemán», cuyos protagonistas ya no se preocupan por sobrevivir o proyectar un mundo más justo y libre, sino buscan «autorrealizarse», más allá de la opresiva rigidez de la República Federal, como ocurre con los héroes barriobajeros de las novelas de RALF ROTHMANN. Y si no pueden marcharse a Sudamérica, como el fotógrafo Guntram Lohser en *Der Windfisch* (Pez aéreo, 1988) –quien en Ecuador se verá confrontado con el pasado nacionalsocialista alemán, pero desde una distancia liberadora que le permite una visión contrastada–, tratan de organizar pequeñas fugas imaginarias, montados en una moto o escuchando a todo volumen discos de los Rolling Stones.

Kai Carlsen, escritor establecido en Berlín, recuerda en *Stier* (Toro, 1991) su juventud, en la que no deseaba otra cosa que largarse, abandonar su profesión de albañil, salir de la casa paterna con su asfixiante orden pequeñoburgués. Su